



manuel olimón nolasco

historiador

LA DULCE Y CONFORTADORA ALEGRÍA DE EVANGELIZAR (NO SER “CRISTIANOS MURCIÉLAGOS”)¹

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

No una, sino varias veces, he leído la exhortación apostólica del Papa Francisco *Evangelii Gaudium*, *La alegría del Evangelio*. Estas repetidas lecturas me han despertado y conducido la memoria a los años del posconcilio y muy especialmente, a 1974, fecha en que por medio de una amplia consulta al orbe católico, el Papa Paulo VI quiso que se preparara el sínodo sobre la evangelización que tendría lugar ese años. En la diócesis de Tepic a la que pertenezco, presidida entonces por Monseñor Adolfo Suárez Rivera, nos reunimos “eclesialmente” para responder un cuestionario que había llegado a través de la Delegación Apostólica y contenía preguntas que nos resultaban de difícil respuesta. La “evangelización”—dijo alguno—“ya pasó: fue lo que hicieron los franciscanos en el siglo XVI cuando vinieron.” Don Adolfo atajó haciendo mención de los documentos de Medellín e insistió en que evangelizar era tarea vigente para la Iglesia. Por respeto nadie objetó o pidió explicaciones pero en varios quedó presente la inquietud.

Del 27 de septiembre al 26 octubre de ese 1974 se celebró en Roma el Sínodo de los obispos dedicado precisamente al tema de la evangelización. Me tocó seguir de cerca lo que pasaba en el aula, pues como alumno que incursionaba en el fascinante mundo de la historia de la Iglesia y habitante del Colegio Pío Latinoamericano, escuchaba con interés a la hora de la cena los comentarios de algunos participantes que se hospedaban en el Colegio, siendo de entre ellos el más conversador el Cardenal Primatesta, arzobispo de Córdoba en Argentina. Escuchamos su preocupación de que el sínodo diera a luz un documento mediocre, intrascendente, parchado con frases de “teologastros de tercer orden” (fueron sus palabras textuales) y cómo él y otros Padres

¹ Para la revista Vida Pastoral, junio de 2014.

sinodales pedirían que el Papa Paulo VI tomara tiempo para dar al mundo, con su delicadeza y discreción acostumbradas, un auténtico “campanazo” en materia de urgencia evangelizadora.

Y así sucedió. Fue *Evangelii Nuntiandi* de diciembre de 1975, ese esperado “campanazo” y es esa exhortación apostólica sin duda, *la carta magna de la evangelización* en la que, como a un espejo pulido y limpio, acudieron para reflejarse las reuniones latinoamericanas de Puebla, Santo Domingo y Aparecida. El viento suave del documento de Paulo VI y las urgencias reiteradas de las Conferencias Latinoamericanas, han sido admirablemente acogidos por el Papa Francisco en su exhortación *Evangelii Gaudium*. En ella, el magisterio de un continente ha sido elevado a nivel universal, para bien de todos los pueblos.

Evangelizar—puntualizó el Papa Montini—no es solamente llegar a lugares cada vez más remotos y a grupos humanos cada vez más grandes, sino “tocar” con la fuerza del Evangelio la cultura de los pueblos, es decir, sus modelos de vida, sus criterios de juicio, sus líneas de pensamiento, sus valores determinantes. Una tarea a la vez fascinante y dolorosa, como toda tarea tomada en serio por los cristianos desde los primeros tiempos.

El Papa Francisco es fiel a ese enfoque que fue revolucionario en 1975 y sigue siendo hoy; de él dependen, por ejemplo, las prioridades pastorales que se asuman personal y comunitariamente. Sin embargo, lo enriqueció haciéndolo algo que ha de surgir de la vida interior del cristiano, pues la alegría “dulce y confortadora” no es una alegría exterior ni menos aún el resultado de una orgía de expansión de gritos, cantos y manifestaciones festivas: surge de un contacto vivo con alguien que transmite y comunica algo que exige no dejarlo como tesoro recibido sino compartirlo. Me parece oír el eco de lo expresado en Aparecida. No basta ser *discípulo*, hay que ser *misionero*. Dice Su Santidad: “[...] El bien siempre tiende a comunicarse. Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión y cualquier persona que viva una profunda liberación adquiere mayor sensibilidad ante las necesidades de los demás. Comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla.” (*Evangelii Gaudium*, n. 9).

La experiencia de recibir el Evangelio en el cristiano que abre ojos y oídos, por consiguiente, no ha de ser la de quien va a recibir un pesado fardo sobre las espaldas o tiene por delante una tarea “heroica” a realizar, propia más de gigantes que de seres humanos; ha de ser una experiencia que une la verdad a la belleza, que bien podemos comparar con la que recibieron los discípulos el día en que Jesús se transfiguró delante de ellos. El himno litúrgico latino que refiere esa realidad

difícilmente traducible en palabras, comienza anunciando “la dulce memoria de Jesús” (“*lesu dulcis memoria*”), es decir, una impresión interior que dulcifica la vida, que tranquiliza las angustias y que también libera para comunicar con sencillez el mensaje de un Dios cercano, al que no hay ya que buscar en las nubes, en los terremotos y resquebrajamiento de montañas, sino en el prójimo al que se trasmite el bien “que se arraiga y desarrolla.”

La exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* es el resultado del sínodo sobre la “nueva evangelización.” Pero es sobre todo, un punto central del magisterio del Papa Francisco que comenzó con temas muy fuertes, como la necesidad de superar la “globalización de la indiferencia” o la “cara de vinagre” y continúa en esa línea, tan nítida y clara que no podemos hacerla a un lado como si estuviera dirigida a extraterrestres.

A propósito de la “confortadora alegría de evangelizar”, en una reciente homilía, ya en el tiempo de Pascua, el Pontífice ha vuelto a tocar la falta de gozo de no pocos, al hacer referencia a la lectura evangélica que habla de los discípulos que en vez de alegrarse con la llegada de Jesús a donde estaban reunidos quedaron “trastornados y llenos de temor porque creían ver un fantasma.” Expresó: “[...] Esta es una enfermedad de los cristianos. Tenemos miedo de la alegría. Es mejor, pensar: ‘Sí, sí, Dios existe, pero está allá; Jesús ha resucitado, está allá.’ Un poco de distancia. Tenemos miedo de la cercanía de Jesús, porque esto nos da alegría. Y así se explica la existencia de tantos cristianos de funeral...Se mueven mejor, no en la luz de la alegría, sino en las sombras...como los murciélagos. Y con un poco de sentido del humor podemos decir que hay *cristianos murciélagos* que prefieren las sombras a la luz de la presencia del Señor.” (*Homilía en la Casa Santa Marta, 24 de abril de 2014*).

Por ahí escuché—y me desagradó oírlo--que hay miembros de la Iglesia católica, entre los que se cuentan sacerdotes y obispos, que consideran el magisterio del Papa Francisco algo pasajero, de ocasión, como de un *Papa de transición*. No me preocupa demasiado, pues eso se dijo de San Juan XXIII, ¿y alguien se atrevería hoy a afirmarlo? No obstante, pensar de esa manera, por ejemplo, es ser *cristiano murciélago*, hacer doctrina ajena a la auténticamente católica las alegrías que han hecho santos y que a quienes no lo somos pueden darnos la continuidad y la perseverancia en la esperanza e incluso en el “aguante apostólico” es anunciar las sombras y no la luz. Haríamos doctrina ajena, haríamos sobre todo estéril nuestro corazón y vanas nuestras palabras si dejamos de proclamar el Evangelio reconfortante, pues “Jesús, con su Resurrección, nos da la alegría: la alegría

de ser cristianos; la alegría de seguirlo de cerca; la alegría de ir por el camino de las Bienaventuranzas, la alegría de estar con Él." (*Homilía citada*).

No cabe duda que la prueba más clara para reconocernos como cristianos es la aceptación dinámica de la alegría que sólo el encuentro con Jesucristo puede dar: "[...] Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atravesase épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece." (*Evangelii Gaudium*, n. 11).

